

LA LIDIA



2ª EPOCA
ARTE · LITERATURA · SPORT
ADM^{ON} ARENAL 27, LITOG^A

NÚMERO CORRIENTE
20 CÉNTIMOS

LA LIDIA

NÚMERO ATRASADO
30 CÉNTIMOS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

MADRID..... Trimestre 2'50 Pts.
PROVINCIAS Y PORTUGAL " 3 "
EXTRANJERO..... Año..... 15 "

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

EDITOR PROPIETARIO
JULIÁN PALACIOS
ARENAL, 27, LITOGRAFÍA.—MADRID

PRECIO PARA LA VENTA

Mano de 25 ejemplares.. 3'75 Ptas.

El pago de los paquetes lo verificarán por adelantado los corresponsales que no tengan referencias en la Administración.

Ningún anuncio reúne circunstancias tan favorables para el comercio y la industria, como aquel que se publica en periódicos ilustrados de reconocido crédito, puesto que á la gran circulación del número, ha de agregarse la permanencia por largo período de tiempo, ya que, por regla general, todos los lectores coleccionan por años esta clase de publicaciones.

LA LIDIA, reconociendo esto y contándose en el número de las Revistas que con más favor ha acogido el público, ofrece con grandes ventajas la publicación en sus columnas, bajo la siguiente:

TARIFA DE PRECIOS DE ANUNCIOS Y RECLAMOS

ANUNCIOS

La línea del cuerpo 7, de 40 milímetros de ancho (una columna), tipo y ancho de columna por que miden sus anuncios *El Liberal* y demás periódicos, 25 céntimos.

RECLAMOS

En la *Sección de Recortes*, intercalados con trabajos literarios, la línea del cuerpo 8, de 53 milímetros de ancho, 0,75 pesetas.

Los originales de los anuncios deben quedar en poder de la Administración ocho días antes de su publicación.

Para los anuncios ilustrados, regirán los mismos precios, con el aumento del coste del trabajo artístico que de antemano establecerá esta Administración.

DESCUENTOS

Sobre los precios fijados, y siempre que las inserciones sean seguidas, hacemos los descuentos siguientes:

De 5 á 8 inserciones.....	5 por 100
De 9 á 13 "	10 "
De 14 á 18 "	15 "
De 19 en adelante	25 "

Para los anuncios que ocupen una ó más páginas completas, precios convencionales.

LA TIRADA DE «LA LIDIA» EXCEDE DE 15.000 EJEMPLARES POR NÚMERO

Administración: ARENAL, 27, Madrid.

LA LIDIA

Revista semanal ilustrada.



EN EL ÁNGEL CAÍDO (Acuarela de Alberti).

¡Chi-na-na! ¡Chi-na-na!

Con la apertura del Teatro Real, reverdecen los fraques, lucen las gardenias, se abren al dulce amor muchos corazones, y entra en funciones oficiales el gran mundo de Madrid.

Desde esta noche actuará el monstruo de los coliseos, cuya boca traga diariamente el dinero del aristócrata meritísimo y del eximio burgués.

Los demás teatros de la corte quedan en la penumbra, relegados al rango de teatros para andar por casa, mientras en el de Oriente brillan las *toilettes*, y se estudia la anatomía de las bellas, en la parte correspondiente á la espina dorsal y á los castos y piadosos senos, ora entecos, ora copiosos, que se admiran entre una romanza y un concertante.

De los coliseos para andar por casa, el único que me interesa es el de la Zarzuela, por el cual he tenido y sigo teniendo marcada debilidad. ¡Qué quieren ustedes! Como soy de los que creen que lo poco que poseemos de música nacional ha salido de allá, allá se vuelven mis ojos siempre, porque estoy persuadido de que más tarde ó más temprano, la zarzuela ha de ser la base de nuestra personalidad en la ópera española.

Ya sé que no todos piensan así; ya sé que andan por esos escenarios, y por ciertos círculos conspicuos, anos cuantos maestros de nuevo cuño que dicen horrores de Arrieta, de Gaztambide y de Barbieri, y se preparan á redimirnos con sus *tabarras* de Ultra-Mancha; que el diablo me lleve si llegan á mancharme á mí.

¡Libreme Dios de esos congriazos de las corcheas, y buen provecho les haga á quienes tengan el valor de sorberse el engrudo musical con que se disponen á pegar los libretos que les encomienden!

Un gran poeta y chispeante escritor lo dijo al día siguiente del estreno de *La Verbena de la Paloma*:

— ¡Bien vengas, Bretón, si vienes sólo! Y tenfa razón. Ya están aquí los que pretenden escalar el puesto de matadores de cartel, sin haber sido banderilleros en su vida; ya está aquí la espuma bretoniana, formada al calor de la famosa *Verbena de la Paloma*; los que entierran el más insignificante sainete bajo montones y montones de notas, y se hinchan para componer un *couplet*, como si se tratase de la plegaria de *Tannhauser*, ó de la escena final del *Crepúsculo de los dioses*.

Hasta ahora parece que los aspirantes son dos, genios incandescentes ambos, que han abandonado las brumas londinenses para dilatar sus inspiraciones bajo el ardiente sol del Mediodía.

Sus campos de operaciones serán los teatros de Apolo y de la Zarzuela, donde se representará la escena del bautismo de *Parsifal*.

Los genios susodichos se ceñirán las blancas vestiduras del augusto padre de Lohengrin y bautizarán á Kundry; es decir, al público, arrodillado á los pies de los dos divinos mensajeros de la Belleza Eterna.

Y allá, en lontananza, se oirán las campanas del templo, y las voces de los caballeros del Graal, los del conspicuo círculo, entonando, conmovidos, la sublime plegaria:

«¡Celestial prodigio!
¡Salud al Redentor!»

Porque no hay que darle vueltas; el arte lírico nacional, es Amfortas herido por la lanza de la Zarzuela, que ha aguzado la empresa Elías, para mayor gloria de *Misses*, *Telefonistas* y *Husares*; y aquí hay dos Parsifales españoles, con vistas á Lon-

dres y á París, que vienen á curar al enfermo, y á desasnarnos con los encantos de una música redentora.

Barbieri, Arrieta y Gaztambide: ¡esos microbios! perecerán bajo la acción antiséptica de los dos terribles maestros de la Mancha (paisanos de D. Quijote), y el arte musical de la patria quedará purificado para siempre.

Del éxito no hay que hablar, porque acabo de leer, sin estupefacción alguna, porque nada de lo que provenga del maestro Bretón puede *estupefaccionarme*, lo siguiente que copio de un periódico, y se refiere á la primera representación de *La Tempestad* en la presente temporada:

«La pieza concertante del acto segundo, fué ejecutada con gran precisión, y repetida entre nutridas salvas de aplausos. Al terminarla, el ilustre maestro Bretón, que se hallaba en un palco, pidió la presencia en escena del director Sr. Cabrero, y el público le obligó á salir con los actores.»

Ya lo saben los pobres músicos que no pertenecen á la sacrosanta religión que quiere fundar para echárselas de Wagner ¡otro microbio! el augusto creador de *La Verbena de la Paloma*, etc., etc.

Hay que ir á Bretón, de grado ó por fuerza, porque el hombre va á acabar por meterse en el bolsillo teatros, empresarios, autores, actores, directores de orquesta, acomodadores y reventadores. A la prensa no, porque esa la tiene *peralizada* hace tiempo.

Ya no se contenta con bañarse voluptuosamente en el sainete del gran Ricardo, como Popea se bañaba diariamente en leche de burras; no le basta andar de feria en feria dirigiendo el sublime ¡*Chi-na-na!* ¡*Chi-na-na!*!

Ahora se va á un palco, y desde allí, pide que el director de orquesta salga á escena en compañía de los artistas. El público accede á la petición del ilustre maestro, y ¡*Chi-na-na!* ¡*Chi-na-na!*!

¡Cualquiera puede con los dos genios que amenazan á los empresarios de Apolo y de la Zarzuela, siendo, como lo son, bretoncillos purulentos, nacidos al abrigo de un mantón de Manila y de un vestido chiné!...

Y á todo esto la pequenita, graciosa y desafinadita *Miss Pretel*, se queda en la morada de la empresa Elías. Le han hecho creer, quizá, que actuar en teatros por horas es abdicar. Los que le hayan dicho tal cosa no se han equivocado.

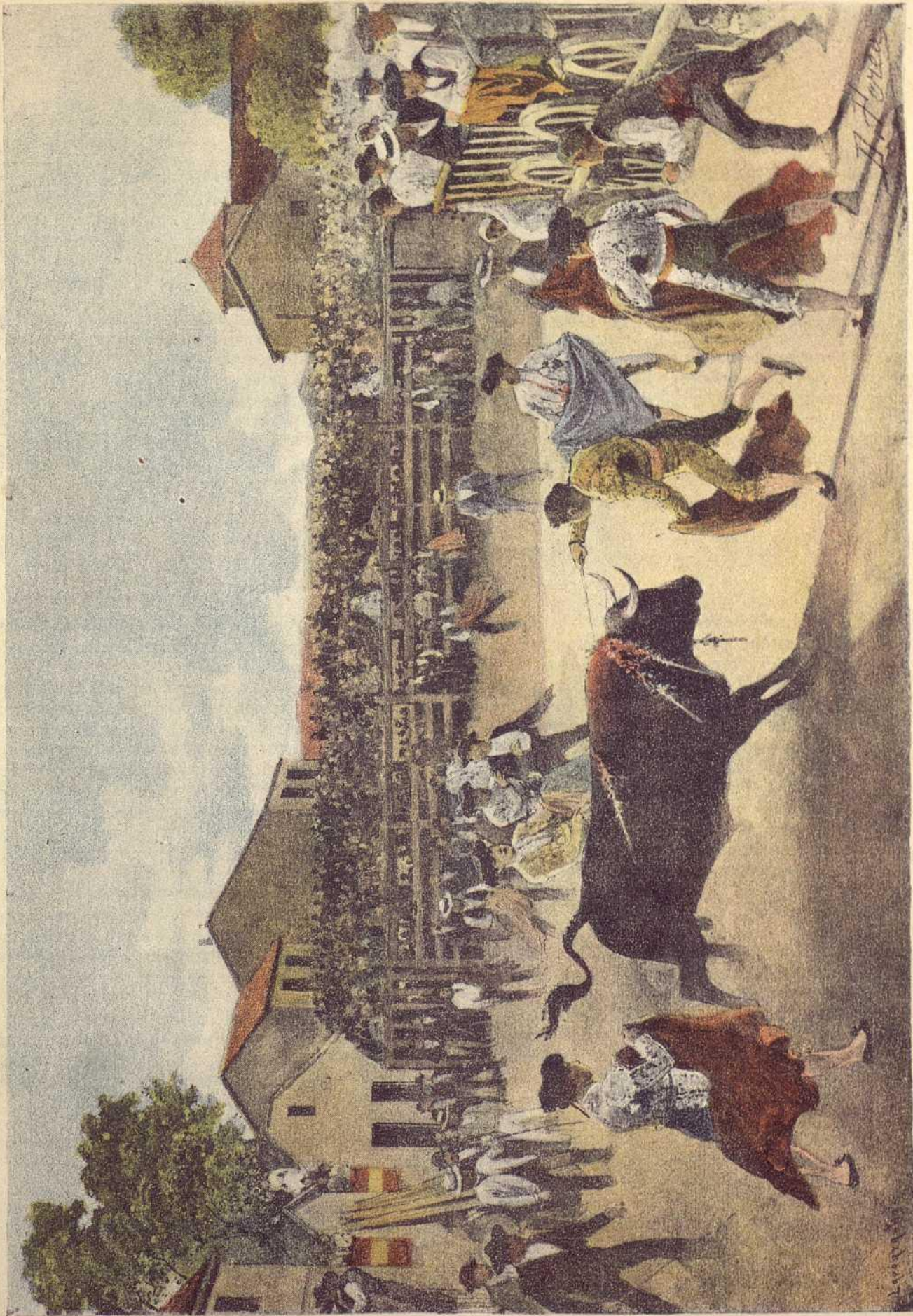
Creo sinceramente que ese diminuto *biscuit* de la opereta francesa, está perfectamente, hoy por hoy, en el coliseo de la calle de Jovellanos, donde Audran, Planquette y demás músicos franceses de ropa ligera, tienen su falansterio.

Ese es el terreno de la Srta. Pretel, y no debe salir de ahí, como no sea para volar muy alto, y redimirnos también en compañía del duo de genios, que seguramente escribirá para ella alguna obra colosal.

Los teatrillos por horas no sirven más que para la gente cilla de tres al cuarto. ¡Que se lo pregunten al maestro Bretón! No estaría de más que la Srta. Pretel consultase el asunto con el autor inmarcesible de *Los Amantes de Teruel* y de *Garín*.

Nadie mejor que él podría decir á la estrellita de *en Elías*, la diferencia que existe entre el Teatro Real y el de Apolo, y el abismo que media entre los trimestres que no producen aquellas grandiosas é inmortales óperas, y los que se embolsa el maestro con el ¡*Chi-na-na!* ¡*Chi-na-na!*!

ANTONIO PEÑA y GOÑI.



UNA CORRIDA EN VILLA VICIOSA (Acuarela de D. Pereda.)

COMO SON HOY

Con perfecta exactitud no lo puedo decir, porque tengo interrumpidas mis relaciones con todos los toreros *activos*, y porque son tantos y de tantas jerarquías los que actualmente componen el gremio, que el estudio de sus costumbres fuera del ruedo, ofrece grandes dificultades y mayor observación de la que el asunto merece. Sin embargo, después de haber oído á personas que frecuentan su trato, y de atender con cuidado á lo que en las calles de Madrid *dan de sí* los hombres de coleta, advierto notabilísima diferencia entre los de mediados de este siglo y los que aspiran á llegar al final del mismo, con salud, fama y dinero.

Ya no madrugan á tomar el aguardiente, como en lo antiguo, olvidando el refrán de que «al que madruga Dios ayuda»; es de mal tono abandonar la cama antes de las once; que se ha trasnochado, y antes de las cuatro de la madrugada pocos llegan á su casa. Los que se envanecen con el puesto de primeros espadas, aguardan en su blando lecho á que entren á saludarlos y ofrecerse unos cuantos señoritos *piloneros*, que tienen á gran honra que el maestro los reciba; en su presencia se lava con fino jabón del Congo, y se perfuma con patcholí, para saborear después... ¡CHOCOLATE! sacándole á pulso de la jícara de rica porcelana, con finos bizcochos ó tostados picatostes, y rematando el desayuno con un colmado vaso de leche, ni más ni menos que doncella delicada y anémica.

Aquel Juan León que frecuentemente decía aquello de

«El torero valiente debe ser,
y á vino y á tabaco debe oler»;

aquel corazón de bronce, ¡cómo se equivocó al afirmar que el día en que los toreros dejasen el *peñascaró* por el chocolate, se acabarían las lides taurinas! Toreros sobran ahora que tienen tanto de diestros como el chocolate de soconusco legítimo. Hay cantidad, no hay calidad.

Los toreros del día (y bueno es tener presente que no me refiero á los pobres *maletas*), almuerzan en Fornos, el Inglés ó en Lhardy, saliendo al efecto de su fonda ú hotel, con esa satisfacción interior que da la soberbia, precedido y acompañado de los señoritos, y escoltado por algunos individuos de los que componen su cuadrilla. ¿Qué más da? Sus antecesores acataban órdenes de los señores; ahora éstos se desviven porque los diestros les confien sus encargos; se ha invertido el orden volviendo la oración por pasiva, y eso es todo.

Tratándose de picadores y banderilleros, no van tan allá los servicios de los *lapas*, que es como ellos designan á los señoritos. Conténtanse con hombrearse de igual á igual, depositando en ellos el incienso que sobra del ofrecido al espada, pero nunca hablando de los preceptos del arte, ni siquiera de la equitación á los picadores.

¡Los picadores!... ¿Conocen ustedes muchos que ejerciten constantemente su habilidad en montar toda clase de jacos? ¿Cuántos han visto á caballo cruzar las calles, paseos ó afueras de la población? Eso lo hacían los que querían conocer anticipadamente las condiciones de sus cabalgaduras para las corridas inmediatas; ahora ¿para qué? saben de cierto que en cada arremetida del toro han de caer, sin librar al penco; ¿qué necesidad tienen de saber si es tardo, ligero, blando ó duro de boca, resabiado, resistente ó flojo?

Ni siquiera tienen los toreros modernos la vanidad de que por el traje se les conozca. Aparte del sombrero de anchas alas, que parece inventado para ocultar como avergonzada la coleta (el que la usa), en lo demás, los toreros modernos confúndense fácilmente con los mozos de café y billares, ó con los camareros de restaurant, que sirven comidas á dos pesetas con helado y todo. Ya se ve: dirán que «el hábito no hace al monje», sin calcular que «por la muestra se conoce el paño».

Habrán excepciones, no lo dudo; pero tan contadas como los Padres Santos. Si es mejor lo nuevo que lo antiguo, si merecen preferencia los que piensan más en hacer dinero trabajando «libres de cacho», que los que tuvieron por gala el oficio y por norma la gloria póstuma, no lo he de decir, porque no quiero entrar hoy en la cuestión de plazas adentro.

Sin embargo, concluiré con una pregunta:

¿Podrán influir en la lidia de reses bravas, las costumbres, inclinaciones, vida doméstica y *educación* de los que en ellas toman parte?

J. SÁNCHEZ DE NEIRA.

CRÓNICAS TAURINAS

CARRERAS DE OBSTÁCULOS

No puedo asegurarlo terminantemente, porque el asunto despierta en mí tales simpatías, que aún me conservo virgen en la materia, á Dios gracias y en buen hora lo diga: creo, sin embargo, que la Sociedad del fomento de la cría caballar se ha *achantado el mirlo* en esta ocasión; pues esta es la fecha en que no he tropezado todavía con ningún amigo de la clase de *sporman*, *chico del gran mundo* ó *clubista*, que me haya reventado á la última moda, soltándome una *tabarra* de *handicap* ó *compensación*.

Cierto que sería en extremo lamentable que se suprimiesen las deliciosas reuniones de otoño y primavera, mediante las cuales podemos permitirnos el placer de remangarnos los flamantes pantalones, aunque no llueva; de lucir los anteojos ó gemelos de campo, á guisa de bandolera, y demás desahogos inocentes propios del *sport* hípico; pero en último término... ¡para la utilidad general que reporta!... Lo malo sería la aplicación que hubiera de dársele al magnífico y glorioso hipódromo, honra de nuestra administración; mas también es problema resuelto: en él tendría su templo del arte, el *sport* cíclico, otra de las grandes *quilladuras fin de siglo*.

El caso es, que si bien hasta el día nada sabemos de las carreras de caballos, no por eso hemos dejado de tener carreras de obstáculos, si no precisamente en el hipódromo, al menos en el *tauródromo*.

Mentira parece que con seis matadores de *entrada*, y el diluvio de ellos de *entremeses*, para una *carta* de cinco ó seis *platos*, no hayamos conseguido aún un servicio medianamente satisfactorio, y estemos á estas alturas con verdadera hambre de toros. Esta es, no obstante, la abrumadora realidad; y á pesar de haber pagado el festín á todo precio, milagrito será que no tengamos que apurar hasta el fin el *pisto* de *patatas* y *calabazas* de que venimos nutriéndonos.

A no ser que nos contentemos con esas *meriendas de negros*, ó novilladas por mal nombre, de cólico seguro, como la que nos engullimos el domingo próximo pasado, y que descomponen el cuerpo aun á los más acostumbrados á promiscuar.

Por consecuencia de las *carreras de obstáculos* á que vengo refiriéndome, dicho día no hubo pan, y tuvimos que contentarnos con tortas, aunque sin el Tortero ¡pardiez!, y no es nada lo que allí se coció. En el amasijo intervinieron tres ganaderías con género de desecho: Miura y Santa María, con un toro atacado de *torticolis* y otro de *tuberculosis* respectivamente; y Gómez, de Fuente el Saz-Medrano Tiburcio Arroyo, con cuatro *puntos*, que por encerrarlos en la calle de Toledo, los encerraron en la Plaza de Toros, y que venían dispuestos á ocupar

de la *inmortalidad* el alto asiento.

¡Como que dos de ellos, en compañía del *ora pro nobis*, se retiraron al corral paterno, tan vivos como salieron!

De los tres mozos de pala encargados de la cochura, nuevos en esta tahona, digo en este Circo, y cuyo *tronío* y proezas previas relegaban al Cid Campeador ó torero á la categoría de *párvulo*, sólo uno se mantuvo firme en la grupa, que fué el Bernalillo, aragonés y simpático él; los otros dos cayeron de su burro, y de qué manera, ¡*gran Dió!* El Nene ¡pobre criaturita!, convirtiendo el morrillo de los toros en una esponja á fuerza de agujeros, para que á la postre tornaran al hogar doméstico, y el Picalimas, arrojándose al redondel como pudiera haberse arrojado por el viaducto de la calle de Segovia. Cornadas tan horribles como la de que fué víctima este desdichado, prevista por todos los espectadores, y cuyo resultado no puede pronosticarse todavía, son mucho más lamentables, por motivarlas la obcecación y la temeridad.

Y que el Nene es un danzante,
Picalimas, ignorante
y Bernalillo, valiente...
Eso dice aquí la gente
y adelante.

Así debíamos marchar hacia el martes, para el que se anunció con carteles de *lujo*, la última corrida de abono, con reses de Veragua, estoqueadas por Guerrita, Reverte y Litri, éste nuevo en Madrid, como matador de alternativa. Pero en martes, ni te cases... ni torees. El primer obstáculo de esta nueva carrera surgió el lunes, con un certificado facultativo en que se manifestaba que Reverte no podía torear; y como hasta la fecha, ignoro la dolencia que aqueja al joven espada, bien puedo presumir que se trate de alguna *enfermedad secreta*, entre las que pueden clasificarse el temor, la prudencia y cualquiera otra de sus similares. Este obstáculo, al fin, pudo salvarse, porque Antonio por Antonio, ahí está Lagartijillo, que es como el *un-güento blanco*, y se aplica para todo; el que no pudo evitarse fué el segundo, que surgió el mismo martes en forma de pertinaz lluvia, y obligó á demorar la fiesta hasta el próximo domingo, con los mismos elementos.

Siempre y cuando que uno de éstos, el agua, *tome el olivo* y no dé margen á nuevos retrasos de la *primera* (que viene) y de la *última*.

Compensación en parte, por lo que toca á *Guerrita*, la hemos tenido; pues si bien es verdad que no le hemos visto bregando con los del Duque, en cambio le hemos admirado en los escaparares de todas las librerías, reproducido en exacto fotograbado, sirviendo de elegantísima cubierta al libro que lleva su nombre, de Antonio Peña y Goñi.

De la nueva y brillantísima obra del famoso crítico, tienen ustedes ya noticia por el *propio cosechero*. Por esta razón y por tratarse de *uno de los de casa*, no he de añadir una palabra más; pero permitaseme consignar que todos y cada uno de sus capítulos me han parecido de superior calidad.

Y aseguro, por más señas,
que el *cosechero* esta vez,
en lugar de Valdepeñas
nos ha servido Jerez.

Les digo á ustedes que el año está de prueba, y que no pasa día sin que *monden* á un torero por esas Plazas de Dios, según la gráfica y expresiva frase que ellos mismos emplean.

Aparte del percance que arriba indicamos, de un puntazo en una pierna á uno de los varios Mazzantinitos que van saliendo, y de los revolcones del Nene, en Madrid, y de otro puntazo en el brazo á Domínguez (muy señor mío), en Sevilla, también fué herido, en Valladolid, el diestro *Cacheta*, de una cornada en la boca, que por fortuna no ofrece gravedad.

La cosa es chocante, y como aquí de todo se saca sustancia, ya han llegado á mi oído los siguientes comentarios del suceso:

Probar quiso el animal
á su incauto matador,
que era un *bravo* profesor
de cirugía dental.
De la fiesta en la revista
se leía de este modo:
era el tercero *Dentista*...
¡Ahora lo comprendo todo!

DON CÁNDIDO

PRIMEROS ESPADAS



Benito Pérez Galdós.



Ramón de Campoamor.



José Moreno Carbonero.



Ruperto Chapí.



Rafael Guerra (Guerrita).

UN JEFE DE GUERRA

I

Los vecinos del barrio, gente toda laboriosa y prosaica, ignoraban casi siempre que su honor, es decir, que el honor nacional, digámoslo así, de aquella pequeña agrupación de casas, que la honra en fin del *Cerro del Aire*, se hallaba comprometida; y en tanto que desde el Sr. Manuel, el cerrajero mecánico, hasta el tío Jindama, vendedor de periódicos, se hallaban los vecinos de la barriada en sus res-



pectivos trabajos, atendiendo al antiguo consejo de «zapatero á tus zapatos», alguien velaba por la dignidad de la patria.

¡Ole ya! ¿Para qué ha criado Dios á los héroes? Perucho, chicuelo corti-calzones, de zapatos, cuando los había, agujereados, cabeza siempre destocada y pelona; el ilustre Perucho había descubierto los malvados, los maquiavélicos proyectos de la triple alianza extranjera.

Los *gomosillos* del barrio de Salamanca, los *coletos* del barrio de la Salud y los *ringaos* de la Guindalera, se han crecido este año, y se van á venir el mejor día por acá; ¡Conde! si no los conociera yo; y que andan y se ajuntan al *Podrómo* con los *sarrapaos* de Tetuán. ¡Y qué de narices vamos á romper, Conde! No tenemos dinidad si no los acogotamos. ¡Me caso con Dios! En *cuanti* que demos en *atizar de la honda* y *arrempujarlos pa allá*, no paran hasta el Pueblo Nuevo ó *pue que* hasta Chamartín; *ma parece* que van á salir muchos *gomosillos* perdíos en *La Correspondencia* pagando el hallaigo. ¡Conde!

Y luego, cuando la guerra se presentaba, Perucho era un adalid fogoso, un Capitán astuto y un conquistador noble, lleno de magnanimidad.

Perucho, además de guerrear, era un valeroso explorador que se llegaba hasta Chamartín de la Rosa á catar por sí mismo el jugo de las cepas de aquellos viñedos.

Muchas noches dormía en los tejares por el invierno, para ayudar á recoger el hielo de las charcas de las afueras y pasarle de matute.

Cuando tornaba de estas audaces excursiones, su madre, la buena señá Simona, armada con el palo de la escoba, salía á recibirle exclamando:

— Maldito, y no de Dios, condena de los mismísimos demonios, ¿dónde has estao, dónde has estao, que me pudres los hígados con eso de irte donde te acomoda y que no sepamos dónde te escondes? ¡Miren, miren y cómo se me presenta y cómo vuelve á su casa después de tres días! Más te valiera, bigardo, picaronazo, granujón, *deprender* un oficio, que así ganarías algo para la casa, que sólo soy yo ahora á ganarlo; que entre tu padre y tú vais á enterrarme. Anda, anda, entra y le verás que está con el cuerpo hecho un boto, reventando de vino.

Tras del discurso ó á la vez que el discurso, caían sobre Perucho los soplamocos y capirotaos que le largaba la robusta matrona.

— ¡Conde! — rugía en son de protesta el chico; — *que ma hace usted daño.*

Si al entrar Perucho en casa, se encontraba á su padre poseído por alguna mona de moralidad y de rigidez paternales, recibía de él Perucho algunos pescozones que le irritaban aún más, y contra los que, á veces, protestaba como el Cid cuando Lain Calvo, por probarle el coraje, le apretaba la mano.

No se avenía nuestro héroe á la rutina y monotonía de un trabajo servil; él gustaba de la aventura y de la guerra; no corrompía su alma dispuesta para la realización de grandes hechos con el utilitarismo vulgar de miserables ganancias.

¡Los héroes son, sin duda, hombres de naturaleza distinta de la del vulgo de los mortales!

II

Hallábase un día á la puerta de la casa de la señá Simona, Guelito, nuevo y asombroso personaje.

No llegaba en estatura á la altura de la mitad de la de la escoba de la referida vecina: gordiflón y colorado, parecía un canónigo en miniatura, si convenimos en que los canónigos han de servir como símbolo del reposo de acciones y la obesidad del cuerpo; sólo que Guelito tenía desnudas sus piernas y arremangadas sus faldillas, del modo que no creemos acostumbre á bajar ó arremangar sus calzones ningún serio personaje.

A vueltas y revueltas que Guelito daba en el suelo, solía mostrar — no habrá que decir qué mostraba muy gallardamente Guelito á la luz del sol.

Guelito era goloso; era, en fin, cínicamente perezoso como un Diógenes y sibarítico como un epicúreo.

No era difícil regalar su golosina; bastaban para ello, ó una patata cocida, ó una cebolla, ó un tomate, con un pedazo de pan.

En esto llegó Perucho.

Aquel día el héroe se hallaba, sin saber por qué, preocupado. Volvía de casa de su camarada Braguillas, al cual se le había muerto un hermanito.

Perucho había visto el cadáver de éste en la caja, amarillo como la cera, frío como el mármol, tieso como un palo.

El médico salía de la casa diciendo que de aquella muerte tenían culpa, en cierto modo, los padres de Braguillas, por haber dejado, contra las advertencias del mismo médico, andar á Braguillas descalzo en los charcos, entre el lodo y la arena.

Conocíase al médico en la cara que iba muy enojado.

Perucho, al llegar á su casa y ver á Guelito, exclamó:

— Anda, madre ha salido, han *cerrao* la puerta; ¿te han *dejao* solo? También ¡*escomencia!*

— *Arrastrao*, el de la *comencia lo serás tú*. ¡Miren el maldito y con la que sale! — exclamó la seña Simona asomando la cabeza por una ventana; — y añadió con tono imperioso:

— ¡Maldito de cocer! Estate ahí con el niño, que ya que no trabajes, mejor que haciendo *granujás* por ahí, te vendrá cuidar de Miguelito, que no parece sino que el niño está abandonado de su padre y de su hermano.

¡Conde, lo que son los héroes! El nuestro se resignó gustoso, y por la primera vez en su vida se estuvo toda la mañana sentado con el chico á cuestas, apretando la rolliza carita de Guelito contra la suya de pilluelo, pálida y apicarada, y Guelito le daba en la cabeza con sus manecitas.

Ambos, á la hermosa luz del sol, se reían gozosos; jugando estuvieron hasta que al fin el pequeñuelo, abandonando su cabecita sobre el pecho de Perucho, que le cantaba el *rum, rum*, como una niñera, fué sintiéndose dulcemente halagado, y cayó al fin rendido del sueño.

Bajo las faldillas del niño asomaban dos piececitos robustos, sucios de polvo y de lodo; Perucho quiso para calentarlos apretarlos en sus manos; estaban muy fríos.

A la dulce presión, exclamó el niño medio despertándose:

— ¡Patos!

— ¡Recontra, Conde! — murmuró Perucho conmovido, y gritó después: — Madre, el niño me ha pedido zapatos; el pobrecito tiene los pies como el hielo. ¡Patos! ha dicho, me caso en diez — y añadió como inspirado por una furiosa determinación:

— Desde mañana voy á la obra y *ma justo* de peón.

Conde, es una sinvergüencería que el chico no tenga zapatos. ¡Conde!

Sensible es que no ande con mucho lustre la guerrera fama del barrio, y que las vecinas naciones nos tengan en poco; pero Perucho, la gloria de las armas, la aventuró por el trabajo, y Guelito tiene zapatos.

José ZAHONERO.

VIVIR SIN ALAS

¡Oh, qué sueño! ¡Angustioso, espeluz-

Era el Sahara; desierto mar de arena
que el africano sol de fuego baña,
y yo, le atravesaba sólo, errante,
clamañdo, en honda pena,
por las campiñas fértiles de España,
y el espumoso río
y la vega frondosa
en la que vive la mujer hermosa
tirana de mi amor y mi albedrío.

Quiero alejarme, y de improviso alcanzo
que el ceguezuelo dios, me dé sus alas.
Con empuje raudal, al viento lanzo
las mil plumas que al sol lucen sus galas.
Atrás, la tierra dejo;
del África me alejo;
cruzo el interno mar que con fiereza
gemir bajo mis pies y hervir escucho;
con las alas, azoto el frío espejo,
los ojos clavo en él, y con tristeza,
me veo convertido en aguilucho.

Y torno á la inquietud. Pero la pluma,
de pronto, adquiere entonación distinta:
el color negro tinta,
se torna en nitidez de blanca espuma;
reducense mis ojos,
patas y pico se me vuelven rojos,
y al volar de una loma
rozo en el río, y mirome paloma,
y ¡oh, ventura!, detrás de la lejana
niebla del valle, al despuntar del día,
miro la casa de la hermosa mía,
y hallo al bajar, abierta una ventana.

La ví, me ví. Llenóse de sonrojos,
y por cogermé, me tiró el pañuelo.
Yo huf por burla, y ella en sus enojos
un suspiro lanzó, y puso unos ojos
lánguidos, entornados, suplicantes,
mostrando tal anhelo,
que la razón perdí, posando el vuelo
sobre su hombro, mis alas palpitantes.

Tembló primero. Me miró indecisa.
Yo, de humilde ternura,
batí las alas con amante prisa,
y al cabo, su pavura
trocóse en franca y juguetona risa.
Mas pronto ¡ingrata! se cansó del juego,
y sin oír los *pios* de mis quejas,
en una jaula de doradas rejas
preso me puso, y alejóse luego.

Con impaciencia afronto
la tortura de verme aprisionado,
cuando me late el corazón, de pronto,
y me siento, de nuevo, transformado.

Huye la pluma; el pico desaparece;
el cuerpo que ennegrece
deshacerse amenaza,
según lo que se encoge y adelgaza.
Un grano de mostaza
la cabeza asemeja;
las alas son más chicas que de abeja...
En tan vistosa traza
y en figurá tan fosca,
ufano me colé entre reja y reja,
y hendí el espacio, convertido en mosca.

Con vana precaución, hallé una puerta
bien aferrada y fija,
amurallando y escondiendo salas;
tanto montara que estuviese abierta,
pues por una rendija
pasé, al compás batiente de mis alas.

Al hallarme otra vez, con ansia loca,
fuíme á posar en su rosada boca;
mas castigó la audacia de aquel beso
con traidora celada,
y á un golpe de su mano torneada,
en cárcel de alabastro me ví preso.

Aunque la muerte presentía, ufano,
bendecía la suerte
de perder la existencia de su mano.
¡Mas ¡ay! deseo vano!
Miróme compasiva;
las alas me arrancó sin darme muerte,
y murmuró:—¡Dejémosla que viva!

¡Vivir sin alas! ¡Quien del alto cielo
llegó á cruzar la bóveda anchurosa
y á bañarse en su luz, y alzar su vuelo
sobre la cárcel terrenal umbrosa;
caer vencido, mutilado, inerme,
á todo noble afán y alto destino,
y en el polvo yacer, sin la esperanza
siquiera del que piensa, cuando duerme,
que un hálito divino
al espacio sin límites le lanzat.

R. BLANCO ASENJO.

¡GLORIA!

(RECUERDOS DE 1859)



I

¿Cuándo fué? Seis ú ocho días
antes del glorioso encuentro
que aún con orgullo llamamos
acción de los Castillejos.

La noche fué de primera.
¡Qué noche, válgame el cielo!
Helada lluvia calaba
de nuestras tiendas el lienzo;
rendidos por la fatiga,
faltos hasta de alimento,
si el hambre nos desvelaba
llamaba el cansancio al sueño,
y para todo descanso
contábamos como todo lecho,
con un buen colchón de lodo
para nuestros pobres huesos.

Pérez... ¿Te acuerdas de Pérez?
convertido en candelero
de su bayoneta el cubo
y en él un cabo de sebo,
á su poncho se cosía
los galones de sargento,
ganados dos días antes
sabe Dios con cuánto esfuerzo.

Tú, tiritando de frío
pedías con vano empeño,
calor á un trozo de manta
hecha á balazos arnero.

Y mientras yo distraía
hambre y fatigas, leyendo
no sé qué trozo de un libro
sucio, roto é incompleto,

Quintanilla, el asistente
del alférez Cruz, el ceño
fruncido, la cara torva,
y tras mascullar un ternero,

gruñía de rato en rato
en son de canturía ó rezo:
— ¡La gloria! ¡Toda la gloria
no vale lo que un torrezno!

II

No fué mal día aquel día;
reñido anduvo el empeño,
que los moros no eran pocos
y además pegaban recio.

Blancos por los alquiceles,
los pelados y altos cerros
que formaban la cañada
que daba á un vallado acceso,

lanzaban sobre nosotros
tan rudo y nutrido fuego,
que nuestro paso obstruían
los heridos y los muertos.

Por fin al llegar al valle
ya fué otro cantar aquello;
que morir cuando se lucha
parece que duele menos.

¿Te acuerdas de aquella carga
que nuestros húsares dieron?
Los jinetes no eran hombres,
eran furias del averno,
que sin dejar á los potros
apenas toear el suelo,
parecía que la muerte
y el estrago iban con ellos.

Al cabo también nosotros
hubimos de entrar en fuego,
y aunque no es bien que mi labio
alabe propios esfuerzos,

tampoco es justo que omita
por lo que importa á mi cuento,
que cuando el paso de ataque



dominó todos los ecos,
y á bayoneta calada
sobre los moros cayeron,
los bravos que componían
nuestro bravo regimiento,
delante de todo el mundo,
de sangre y sudor cubierto,
Quintanilla, el asistente
del alferez Cruz, el ceño
fruncido, la cara torva
y vomitando dennuestos,
hizo él sólo aquella tarde

tal derroche de ardimiento,
que los galones de cabo
con no sé qué cruz le dieron,
sobre el campo de batalla
de su valor como premio.

III

Y aquí de lo extraño. En tanto
que, cual lebreles hambrientos,
en el rancho aquella noche
entrábamos á degüello,

Quintanilla, ni un bocado
pudo pasar del garguero,
y eso que siempre á las ollas
hizo el justo acatamiento.

Y aún recuerdo que al fijarse,
en que burlón el sargento
murmuraba: — Señor cabo,
parece que hoy no comemos,
le respondió: — Mi segundo,
no hay que extrañarlo, hoy comprendo
que también para el soldado
la gloria es un alimento.

ANGEL R. CHAVES.

DIAGNÓSTICO, PRONÓSTICO Y PLAN CURATIVO

No sé si lo he soñado ó lo he oído referir como suceso copiado del natural. Ello es que en una capital de provincia habitaba un médico de gran reputación profesional, consagrada por la voz pública, constantemente ocupada en difundirla y propagarla. Unos elogiaban la certeza de todos sus diagnósticos; otros el acierto de sus pronósticos, y no pocos la excelencia de su plan curativo y la bondad de los tratamientos empleados en sus enfermos.

El Doctor tenía en la capital consulta pública, y en las cercanías de la misma una Casa de Salud: en aquélla trabajaba por su fama devolviendo la salud á los pobres, y en ésta cobraba á los ricos considerables sumas por pago de hospedaje, asistencia médica y preparados farmacéuticos.

Ignoro si el Doctor sentaría en sus libros la historia clínica de los enfermos; pero una de ellas se ha conocido, y bien merece la mayor publicidad.

Llamó una vez á su puerta un individuo que, falto de medios de fortuna, acudía á la consulta pública, y aunque era en las horas de la misma, el Doctor no estaba en casa, porque le había reclamado en la población un caso gravísimo; pero como no había de tardar en volver, el ayuda de cámara le hizo tomar asiento en el despacho, y á título de curiosidad, interrogó al enfermo sobre su dolencia.

— El estómago, amigo mío, el estómago me mata: sufro unos ardores horribles; arrojó muchas aguas, por la mañana especialmente; padezco otras veces de grandes dolores en toda la región del estómago, y el carácter se me ha agriado de tal suerte, que siempre estoy disputando, y mi casa es un infierno.

— Pues aquí se le curará á usted sin duda; mi señor es una especialidad para combatir esos padecimientos.

En esto se oyó rodar un coche en el portalón de la casa, y siguió diciendo el ayuda de cámara:

— Ahí está el Doctor, pues ese es su coche.

Efectivamente; momentos después entraba el célebre médico en el salón, y se dirigía al paciente:

— ¿Hace mucho que espera usted?

— Minutos nada más.

— Sentiría su molestia, porque para mí los pobres son antes que los ricos; y de haber sabido que vendría usted, no hubiera ido á visitar al Duque de X, á pesar de su inmensa fortuna. Conque veamos lo que le trae por aquí.

— Pues yo vengo...

— No se moleste, amigo mío; pues me ha bastado verle por primera vez para diagnosticar su dolencia; usted debe padecer del estómago.

— ¿Ya lo creo!

— Seguramente sufrirá usted grandes ardores, *pyrosis*, que dice la ciencia.

— Exacto.

— Y arrojará aguas, sobre todo por las mañanas...

— Ciertísimo.

— Eso salta á la vista. Otras veces serán grandes dolores en el *epigastrio*, que le harán retorcerse y apretárselo con las manos.

— Y tirarme á las tapias.

— Sin contar conque su padecimiento le habrá agriado el carácter, haciéndole chocar hasta con su sombra.

— Pero, usted lee en mí como en un libro abierto...

— ¡Oh! Es un diagnóstico sencillísimo; pero no hay que desanimarse, que un buen régimen le puede salvar.

— ¡Buen régimen, cuando me paso los días enteros sin comer muchas veces más que un pedazo de pan y una cebolla!

— Pues, á pesar de todo, oiga usted mi pronóstico. Todo eso se cura fácilmente acudiendo á mi Casa de Salud.

— Pero, señor, si soy tan pobre...

— ¡Yo no le he pedido dinero! Le llevaré á mi Casa de Salud, siempre que usted se preste á cuanto yo le diga.

— Las palabras de usted son órdenes para mí.

— Pues desde aquí irá usted á mi hospital; pero en una camilla y con los pies atados.

— No comprendo la necesidad...

— Ni hace falta. Esas son mis condiciones.

— Se hará como usted lo desea.

— Jurándole usted que á nadie ha de decir palabra de todo esto. Ya comprenderá que por muy caritativo que yo sea, no podía hacer lo mismo con todo el mundo.

Dos horas después, las gentes que vivían en las inmediaciones de la Casa de Salud, veían llegar á ella una camilla seguida por el Doctor en su carruaje.

— Grave debe ser el caso — decían unos.

— Afortunadamente, nuestro médico es una eminencia.

Y cuando vieron á los mozos y practicantes sacar de la camilla á puñados al enfermo, y subirle en brazos á la clínica, casi todos tuvieron el mismo pensamiento.

— A ese pobre no le salvan ni la Paz y Caridad.

— Júzuese del asombro del curioso vecindario cuando antes de una semana, vió al enfermo paseando por el jardín, con una cara que rebosaba salud.

Lo ocurrido con él había sido, sin embargo, cosa sencillísima.

En el despacho-consulta del Doctor, uno de los tabiques era figurado, mediante un lienzo pintado, detrás del cual escuchaba aquél las confidencias de los enfermos con su ayuda de cámara. La llegada del coche era una farsa para prestar verosimilitud á la escena. Dé aquí la facilidad de su diagnóstico.

El pronóstico favorable era poco arriesgado. El régimen alimenticio del enfermo era tal, que podría combatirse fácilmente con una buena alimentación.

En cuanto al método curativo, se había reducido á muchos y sustanciosos caldos, carne asada y excelente vino de Jerez.

La historia de esta curación, fué una de las que mayor fama dieron al médico de mi historia; pues los sencillos vecinos de la Casa de Salud, juraban haber visto llegar al enfermo imposibilitado de todo movimiento y verdaderamente moribundo, habiéndole bastado media docena de días para convertirse en otro hombre.

¡Y así son muchas de las famas que hay en el mundo!

M. OSSORIO Y BERNARD.



Doce teatros nada menos están funcionando en Madrid, lo cual no demuestran tanto la afición de los madrileños á los espectáculos escénicos, como la vocación que tienen á arruinarse algunos empresarios.

No tardará mucho en empezar la serie de las quiebras.

En la Coruña se ha fundado ó va á fundarse, una Academia gallega. Hoy, que las Academias todas han caído en el mayor descrédito, semejante fundación no tiene justificación posible. Por algo dijo el fabulista al hablar de las aficiones musicales de un tal Angulo:

Para hacer desatinos,
no hay como los gallegos y los chinos.

La diosa Cibele, que durante más de un siglo ha estado siendo el encanto de los paletos en la entrada del Paseo de Recoletos, traslada su domicilio á cuatro pasos de aquel sitio, al centro de la nueva Plaza de Madrid. Seguiremos, pues, sentenciados, como ha dicho un periódico, á mitología cursi; y sin levantarse el hermoso monumento proyectado por Arturo Mérida, para perpetuar las glorias del pueblo madrileño.

Y eso que este monumento resultaría gratuito al Ayuntamiento, y la traslación del carro de la diosa Cibele, tirado por dos leones de guardarropiá sin enganchar, costará algunos miles de pesetas, ó acaso de duros.

Meditemos...

Dos niñas que juegan en el Prado, se paran de repente viendo pasar á lo lejos á un caballero.

— Le conozco mucho — dice una de ellas: — ha sido mi papá cinco ó seis meses.

Entre dos borrachos.

— Noto que he bebido demasiado...
— No es verdad: si hubieras bebido demasiado... no lo notarías.

Todo el mundo se detiene al ver un entierro muy lujoso.

— ¿Quién es el muerto? — pregunta un transeunte.

— Lo ignoro — le contestan. — Pero el muerto es lo de menos: ni ve las galas con que se le llevan, ni nadie ve al muerto. ¿Quién sabe si la caja está vacía? El difunto no figura para nada en los entierros.

Ya se ha publicado el anuncio anual de la testamentaria de D. Lucas Aguirre, llamando á los escritores desgraciados y sus familias que aspiren á participar del legado de Noche Buena; 3.000 reales para los que siempre hay cerca de 200 pretendientes. Este último dato viene á poner de manifiesto una vez más, la triste situación de la mayoría de los escritores españoles, y la herencia de dolores y privaciones que suelen dejar á sus familias.

¡Y si siquiera abundaran los filántropos como D. Lucas Aguirre!...

Un periódico llena tres columnas de letra muy metida, con la relación de las personas que se han abonado al Teatro Real.

¡Buen pedazo de pan para los menesterosos!

INGRATITUD

Triste, silenciosa, muda,
y acerbo llanto vertiendo,
una limosna pidiendo
marcha una pobre viuda.

Con planta débil é incierta,
y presa de extraño afán,
llegó, mendigando el pan,
de un alcázar á la puerta.

Allí el héroe vencedor
vive opulento y dichoso;
por él sucumbió su esposo
en el campo del honor.

Con resignación cristiana,
una limosna al pedir,
escucha dentro decir:

— Dios ampare á usted, hermana.

— Decid á vuestro señor —

replica — que en lid reñida
mi esposo perdió la vida
por él con noble valor.

Y acaso... — Basta de llantos.

— Se apiadará. — ¡Qué quimera!

Si sólo su esposo fuera,
tal vez: ¡pero han sido tantos!

JOSÉ SÁNCHEZ ARJONA.

En Otawa (Canadá), se ha establecido una nueva contribución que pesará sobre todo varón que, habiendo cumplido veintidós años, permanezca soltero.

— ¡Aquí no se imita nada bueno! — dirán infinitas solteronas leyendo la anterior noticia.

LIBROS RECIBIDOS

Biblioteca ilustrada de autores contemporáneos. *Cuentos*, por D. Enrique Sepúlveda; ilustraciones de G. de Federico. — Madrid, 1894.

La lindísima Biblioteca que ha comenzado á publicar el Sr. Díaz Quijano, Director de la *Revista de Navegación y Comercio*, merece el éxito que está alcanzando. Después del volumen *Piruetas*, del Sr. Pérez Zúñiga, acaba de poner á la venta unos *Cuentos* de D. Enrique Sepúlveda, y prepara otros tomos de los Sres. Urrecha, Gaspar, Sinesio Delgado y Pérez Nieva. El tomo del infatigable y fecundo Sepúlveda, comprende dos partes: la primera, de verdaderos *Cuentos*, tan sentidose como notables; y la segunda, que titula *Íntimas*, y que son, con efecto, impresiones subjetivas de su distinguido autor. Los grabaditos que ilustran sus páginas, aumentan el mérito del libro, que es un verdadero primor tipográfico.

La *Biblioteca de autores contemporáneos* ha de seguir obteniendo la más favorable acogida, si todos sus volúmenes corresponden á los ya publicados.

La tauromaquia ó arte de torear, por José Delgado (a) Hillo. Nueva edición, con un apéndice de los precios de las localidades de las corridas de toros y novillos en la Plaza de Madrid. — Lorenzo P. Escribano, editor, 1894.

Agotada hace tiempo esta obra, que es como su autor famoso indica, «utilísima para toreros de profesión, para los aficionados y toda clase de sujetos que gusten de toros», el editor, con muy buen acuerdo, ha procedido á una nueva y económica edición (el precio es el de 1 peseta) que ha de hallar excelente acogida entre toda clase de gente que tenga relación más ó menos directa con nuestro espectáculo nacional.

Tratamiento de las hernias y consejos á los que las padecen, por el Doctor F. Bercero. Tercera edición, corregida y aumentada, con 80 grabados intercalados en el texto. — Madrid: Diego Pacheco, impresor, 1894. — Precio, 1,50 pesetas.

Obra utilísima para el profesorado y alumnos de la Facultad de Medicina y para los mismos pacientes, en previsión de las contingencias que puede ofrecer toda enfermedad.

¡¡MARAVILLOSO DESCUBRIMIENTO!!

!!! Curiosa Revelación!!!

Único remedio inofensivo y muy eficaz, de bases vegetales que cura la impotencia y el debilitamiento viril, devuelve el vigor y aumenta la fuerza en todas las personas de uno y otro sexo, debilitadas por la edad ó los excesos. ¡Señoras y caballeros! pedid el método y consejos confidenciales en letra franca de porte. Se hace el envío á cambio de 60 céntimos. Discreción. Póngause las señas de E. PAUL, EN SAINT-OUEN, SUR SEINE, FRANCIA.

DROGUERÍA Y PERFUMERÍA CHINA

PLAZA DEL ANGÉL, 17

Completo surtido en perfumes y objetos de tocador, recomendado por sus excelentes resultados higiénicos, el agua de Colonia, polvos de arroz y veloutina, productos especiales de esta casa.

AGUA DE COLONIA IMPERIAL

**PRODUCTO ESPECIAL DE LA PERFUMERÍA INGLESA
S. ROMERO VICENTE**

CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 3, MADRID

Frascos de 1,50, 2, 3, 5, 10 y 20 pesetas.—Medio litro, 4 pesetas.

NOTA. Para que todo el mundo pueda apreciar las buenas condiciones higiénicas de este producto y las compare con otras, se venderá hasta en cantidades de cincuenta céntimos.

ÚNICA CASA EN MADRID QUE EXPENDE

VINOS PUROS DE JEREZ

AL POR MAYOR Y MENOR

BODEGA CASTELLÓN

LOS JEREZANOS

4-CAMPOMANES-4

LA URBANA

COMPAÑÍA ANÓNIMA DE SEGUROS

Á PRIMA FIJA

CONTRA EL INCENDIO

EL RAYO Y LAS EXPLOSIONES DEL GAS Y DE LOS APARATOS DE VAPOR

FUNDADA EN 1838

ESTABLECIDA EN ESPAÑA DESDE 1848

Domicilio social

CALLE LE PELETIER, 8 Y 10.—PARÍS

Representación general en España

PUERTA DEL SOL, 10 Y PRECIADOS, 1
MADRID

LAS GLORIAS DEL TOREO

POR

DON MANUEL FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ

Cuadros biográficos, lances y desgracias de los diestros más célebres, desde Francisco Romero hasta nuestros modernos lidiadores, y costumbres de los pueblos aficionados á esta clase de espectáculo.

De venta en casa de los editores Saenz de Jubera, Hermanos, calle de Campomanes, 10, Madrid, al precio de 5 pesetas, encuadernado en rústica.

ESTABLECIMIENTO TIPO-LITOGRAFICO

DE

JULIÁN PALACIOS

27-Calle del Arenal, 27.-Madrid

Talleres montados con todos los últimos adelantos de estas industrias, y especialmente dispuestos para la ejecución de trabajos artísticos y comerciales.

LIBRO NUEVO
GUERRITA

POR
Antonio Peña y Goñi.

Un tomo de 418 páginas, con el retrato del célebre diestro cordobés.

PRECIO: 4 PESETAS

A los corresponsales y suscriptores de LA LIDIA, 20 por 100 de descuento.

ACADEMIA CÍVICO-MILITAR

PREPARATORIA

PARA INGRESO EN TODAS LAS MILITARES

PLAZA DE SAN MIGUEL, 8.-MADRID

En la última convocatoria ganaron sus alumnos 25 plazas entre todas las Academias, consiguiendo en la de Infantería mayor número que ninguna otra preparatoria.

¡La más alta recompensa concedida en la Exposición Universal de Chicago!!

LA COMPAÑÍA FABRIL «SINGER»

HA OBTENIDO 54 PRIMEROS PREMIOS

*Siendo el número mayor de premios alcanzados entre todos los expositores,
Y MÁS DEL DOBLE*

DE LOS OBTENIDOS POR TODOS LOS DEMÁS FABRICANTES DE MÁQUINAS PARA COSER, REUNIDOS.

CATÁLOGOS ILUSTRADOS

SUCURSAL EN MADRID

CATÁLOGOS ILUSTRADOS

GRATIS

23-CALLE DE CARRETAS-25

GRATIS

CH. LORILLEUX Y C.^A

MADRID, Olid, 8. — BARCELONA, Casanova, 28 y
PARÍS, rue Suger, 16.

TINTAS PARA IMPRENTA Y LITOGRAFÍA
NEGRAS Y DE COLORES

TANTO PARA ILUSTRACIONES COMO PARA OBRAS, PERIÓDICOS
Y CARTELES

Artículos en general para Litografía y especialidad para encuadernaciones. Pastas para rodillos, barnices de todas clases, colores en grano, etc., etc., y todo cuanto pueda convenir, tanto para Tipografía como para Litografía.

FÁBRICA EN BADALONA

ADMINISTRACIÓN Y DEPÓSITO:

CALLE DE CASANOVA, NÚM. 28. — BARCELONA

FÁBRICA EN LISBOA

Agente para Portugal, **CARLOS CORREA DA SILVA.**

Administración y Depósito: Serpa Pinto, 24-26.

CHOCOLATES SUPERIORES

EXQUISITOS CAFÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

COMPAÑÍA COLONIAL

CALLE MAYOR, 18. — Sucursal: MONTERA, 8. — MADRID

¡¡¡ VIVIR PARA VER !!!

¿Queréis la felicidad para toda la vida? ¿Sí?
Pues mandar **una peseta** en libranza a

D. SERRANO ANTEQUERA (Málaga)

y recibiréis la clave para vuestro porvenir.

AGENTE EXCLUSIVO DE «LA LIDIA» EN BUENOS AIRES

LUIS CAMBRAY

548 — CALLE DE SAN JUAN — 548